



Territorios

ISSN: 0123-8418

editorial@urosario.edu.co

Universidad del Rosario

Colombia

Henao S., José Ignacio; Castañeda N., Luz Stella
El lenguaje marginal: expresión simbólica de la exclusión urbana
Territorios, núm. 6, julio, 2001, pp. 101-117
Universidad del Rosario
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35700606>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

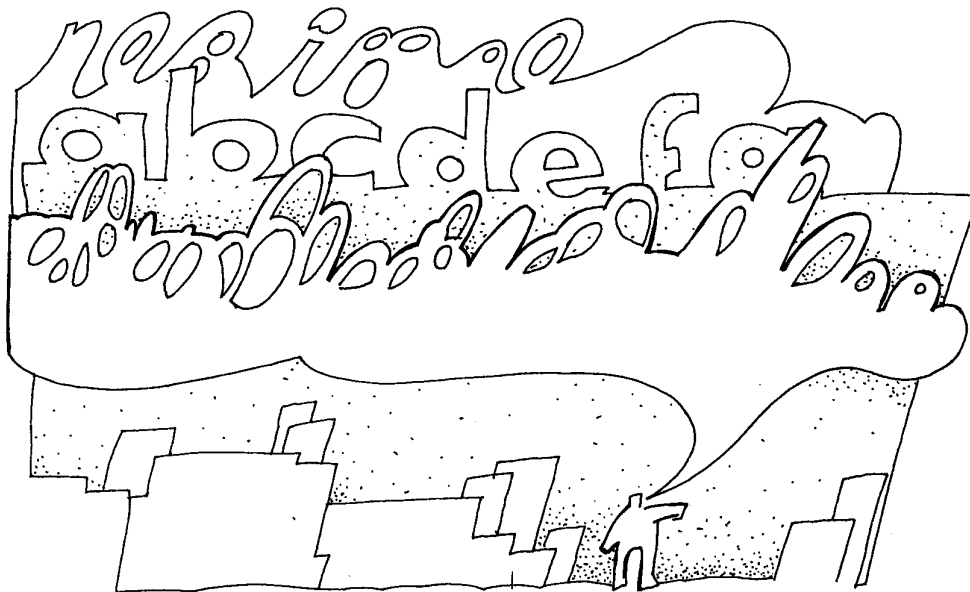
Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El lenguaje marginal: expresión simbólica de la exclusión urbana¹

José Ignacio Henao S.*
Luz Stella Castañeda N.**



sección especial

¹ Este artículo se deriva de la investigación El parlache: una variedad del habla de los jóvenes de las comunas populares de Medellín, financiada por Colciencias y la Universidad de Antioquia, cuyo informe final publicará próximamente la editorial de la Universidad de Antioquia.

* Licenciado en Educación, Español y Literatura. Especialista en Logopedia. Magíster en Sociología de la Educación. Candidato a Doctor en Lingüística: Texto y Contexto. Profesor de cátedra y coinvestigador del proyecto Análisis lexicográfico del parlache de la Universidad de Antioquia, Medellín.

** Licenciada en Educación, Español y Literatura. Especialista en Logopedia. Magíster en Sociología de la Educación. Candidata a Doctora en Lingüística: Texto y Contexto. Profesora de tiempo completo en la Facultad de Comunicaciones y coordinadora del proyecto Análisis lexicográfico del parlache de la Universidad de Antioquia, Medellín.

RESUMEN

En este trabajo pretendemos demostrar cómo el *parlache*, un lenguaje marginal, expresa el grado de exclusión sociocultural al que son sometidos amplios sectores de la población de Medellín. Ciudad en donde ha sido tan fuerte el proceso de desintegración social que hasta los barrios se han fraccionado y sus habitantes tienen territorios definidos para transitar. Esto ha llevado a la formación de un antilenguaje, como modo de expresión de esa sociedad marginada.

ABSTRACT

The *Parlache*, a social dialect, is the expression of the sociocultural exclusion of a large portion of Medellín population. During the last decade, Medellín has undergone a harsh process of social decay which has resulted in such a dramatic fragmentation of its urban areas that the inhabitants would not dare infringing the new boundaries. This led to the creation of an antilanguage, a way of expressing the marginalized reality.

Introducción

Al abordar el estudio de los lenguajes marginales pretendemos mostrar cómo ellos no son producto de la mala educación, sino la expresión simbólica de los conflictos sociales y culturales que padecen los grupos que los utilizan como forma de identidad y de rebeldía. Centramos nuestra atención sobre el parlache y su relación con el grado de marginación y exclusión al que ha sido sometido un alto porcentaje de la población de las llamadas Comunas populares de Medellín. Comparamos esta realidad con lo ocurrido en grandes ciudades de otros países y retomamos los conceptos de anti-lenguaje y antisociedad de Halliday para encontrar la razón de la aparición de estos lenguajes. Transcribimos en el trabajo dos textos escritos por estudiantes, que nos sirven para ilustrar la relación entre parlache y la marginación social y cultural.

El parlache y otros lenguajes marginales

El parlache es un dialecto social, la materialización de una visión del mundo claramente distinta a la dominante, una visión que, por consiguiente, resulta potencialmente amenazadora, si no coincide con lo aparentemente normal. Sin duda, ésta es la explicación de las actitudes violentas hacia el habla no estándar: el motivo consciente de “no me gusta como pronuncias las vocales” simboliza el motivo subyacente “no me gustan tus valores”. Este planteamiento de Halliday nos acerca a uno de los problemas que generó la

aparición del parlache: la exclusión; y que corrobora Wilfer Bonilla (1993: 28), en su artículo “Muchacho no salgas...”, cuando afirma que:

En el ámbito de las prácticas culturales, la juventud excluida de los barrios populares construye nuevos códigos. Nuevas palabras inundan el universo simbólico, nuevos lenguajes comunicativos se ubican en el plano de la resistencia y se proyectan más allá de los barrios, invaden centros académicos y provocan náuseas en los oídos y cerebros formalizados de la otoñal tradición occidental.

Mientras tanto el lenguaje parcerero, sin importarle lo plebeyo de su cuna, ignorando el repudio que suscita, aporta a renombrar el mundo vital del joven popular de Medellín, encuentra lugares y significaciones donde construye su identidad.

El crecimiento desigual de la ciudad genera dificultades de comunicación entre los diferentes grupos sociales que la habitan. En la medida en que los grupos sociales se separan, van generando y consolidando sus propios dialectos sociales, porque tanto los referentes que representan su mundo, como los valores que los atan a la ciudad son totalmente distintos. Por eso, el parlache es claramente diferenciador en los procesos de comunicación, y sólo los iniciados, los que se reconocen o conocen el contexto lingüístico donde opera, pueden comunicarse con esta variedad lingüística.

Este fenómeno se da, con diferentes niveles de intensidad, en las grandes ciudades del mundo. Al respecto, la profesora mexicana

territorios

Rossana Reguillo (1995: 94), al estudiar el mundo de las bandas, que en México tienen unas características menos violentas que las de Medellín, dice que el territorio de la banda puede leerse como un texto cultural, en el que se materializan las visiones y representaciones del mundo de los actores que lo habitan. Para ella (1995: 236), todas las formas de comunicación y los modos específicos que utilizan los jóvenes de la banda, son:

Un intento –bastante bien logrado– por transformar el estigma en emblema, por hacer una valoración positiva de los rasgos negativos que les han sido asignados. Las marcas del grupo encontrados a través del estudio de diferentes productos comunicacionales se constituyen en la resistencia a la descalificación.

Para el profesor catalán Carlos Feixa (1998, 96: 100), las culturas juveniles crean un territorio propio, se apoderan de espacios urbanos determinados, que distinguen con sus marcas: la esquina, la calle, la pared, el local de baile, la discoteca, el centro urbano, las zonas de ocio. Crean palabras, giros, frases hechas; cambian la entonación, todo para oponerse a los adultos. Para lograrlo toman elementos prestados de los argots marginales, como el de la droga, de la delincuencia y de las minorías étnicas; pero también crean nuevos términos y expresiones a través de las metáforas, de la inversión silábica y los juegos lingüísticos.

También en España, Mariano del Mazo (1999: 43) dice que las jergas juveniles pueden ser un signo de marginalidad social, de rebelión, como transgresión deliberada de

la norma. Aunque reconoce que en España no han llegado a la creación de una contracultura tan críptica, tan rupturista como la jerga juvenil de los suburbios de Francia, con el *verlan*, lenguaje de los guetos. De todas maneras, el lenguaje juvenil representa una estética del desarraigo, del mestizaje de diferente hablas.

Al referirse al *verlan* francés, el periodista José Luis Barbería (1999: 8), nos dice que los suburbios de las ciudades francesas son hoy fécondos laboratorios lingüísticos, pues a toda hora surgen nuevas palabras creadas con la inversión de las sílabas de las palabras conocidas, con la fusión de vocablos nacidos del choque entre el francés y el árabe, las lenguas centroafricanas, del inglés e incluso del español; también, con creaciones puras, creaciones caprichosas. Cuenta que:

Lingüistas como Claude Hâgere ven en esto la expresión de una revuelta, la manifestación de un malestar provocado a veces por el fracaso escolar o por un sentimiento de exclusión. Se trata de manipular la lengua hasta transformarla en propia, de retorcerla hasta que el léxico resulte incomprensible para los extraños, es decir, los padres, la policía, la burguesía. La Haine (El odio), la película que narra las andanzas trágicas de una cuadrilla de suburbio, tuvo que ser subtitulada en francés, cuando fue presentada al gran público.

Este planteamiento coincide también con el proceso de formación y de difusión del lunfardo en Buenos Aires, dialecto que surgió de los inmigrantes que vivían en la orilla, sectores marginales de Buenos Aires. Para

José Gobello, el lunfardo puede considerarse como un repertorio de voces extranjeras, una acumulación de préstamos. El lunfardo fue creado por los compadritos con los elementos lingüísticos traídos por los inmigrantes. El compadrito era un joven de condición modesta que vivía en las orillas, en los límites de la ciudad. En un comienzo fue un lenguaje rechazado y discriminado, pero, con el paso del tiempo, según Sebrelli (1979: 106): "...siendo el lenguaje técnico de los malhechores, destinado a ser entendido sólo por los iniciados devino luego en lenguaje común de todo este sector desasimilado, que intenta la destrucción simbólica de la sociedad organizada, mediante la destrucción de su lenguaje".

Estos breves comentarios sobre los lenguajes marginales en otros países nos demuestran que la relación lenguaje marginal, exclusión y marginalidad es un fenómeno corriente en las grandes urbes del mundo.

El parlache y la marginación

En las dos últimas décadas en Medellín es tan fuerte el proceso de desintegración social que hasta los barrios se han fraccionado y sus habitantes tienen territorios definidos para transitar. En un ejercicio de redacción, durante una práctica escolar, un joven escribió: "Uno no puede pisar el otro barrio o lo cascan". Incluso dentro del mismo barrio algunas personas no pueden transitar por determinadas calles o lugares, porque como dice Francisco de Roux (1992, 175): "En estos momentos de crisis, en los que la sociedad no existe, en la que por todas partes hay amenazas y las

personas se temen entre sí, la comunidad barrial se halla desintegrada".

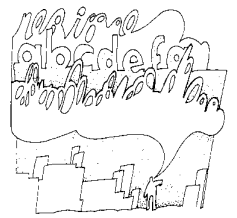
Las afirmaciones de De Roux se corroboran con las palabras de un joven habitante de un barrio popular, estudiante de último grado de bachillerato, quien dice que la mayor parte del tiempo que permanece en la calle lo pasa unas cuadras más abajo de su casa. No puede quedarse en su cuadra porque corre peligro. Como él mismo afirma: "Está muy caliente con las milicias".

La desintegración entre los diferentes sectores de la ciudad ha ido cediendo un poco, pero los dominios territoriales siguen vigentes en algunos barrios. En una nota que se toma de *El Espectador* (junio 19 de 1998: 11A), titulada "En Medellín también cercan la violencia", al comparar la situación con la de Cali, en donde los habitantes de un barrio popular cercaron con alambre de púas sus calles para impedir el ingreso de extraños, una habitante del barrio Santa Cruz, de Medellín, comenta:

Las secuelas de violencia que sacudió a Medellín a comienzos del noventa produjo en muchos sectores de la ciudad, especialmente en las comunas nororientales, una especie de delirio de persecución que condujo a que muchos barrios fueran zonas vedadas para los residentes de otros lugares.

El barrio Santa Cruz fue uno de los más aquejados por la violencia y el primero en crear unas barreras imaginarias, líneas de muerte, que sólo era posible traspasar con el consentimiento de uno de los residentes del lugar.

Muchos familiares, incluso, tenían que avisar con antelación su deseo de visita. Ahora las cosas han cambiado, por fortuna, pero la entrada



territorios

³ Este texto fue escrito en el 2000 por un estudiante de bachillerato. Se transcribe sin hacerle correcciones ni de estilo ni de ortografía.

de personas desconocidas a Santa Cruz sigue provocando desconfianza y en algunos sitios es mejor ingresar acompañado por un residente. ‘Hace poco teníamos que bajar hasta el centro de la ciudad para recibir a familiares o amigos que querían visitarnos. Los recogíamos en los paraderos de la Oriental y después llegábamos al barrio. Para que salieran de regreso hacíamos lo mismo. Era una época de terror; porque el ajuste de cuentas entre pandillas no respetaba nada y cualquier desconocido era potencialmente un enemigo’, recuerda Doris Mejía, habitante de Santa Cruz, hace más de 20 años. ‘El barrio estaba cercado imaginariamente’, agrega.

Quizás, la pérdida de la territorialidad ha sido uno de los fenómenos sociales más dramáticos de todos los ocurridos en Medellín en la dos últimas décadas, pues no se puede transitar libremente por toda la ciudad. “Antes la situación era tan tensa que hubo jóvenes que no bajaron al centro de la ciudad durante casi año y medio, se quedaron confinados en las cuadras que consideran su territorio, para evitar que los mataran en el camino” (Grillo, 1998: 2D).

Este temor contrasta con la de Medellín a principios de este siglo, que era un pueblo grande con una comunidad lingüística relativamente homogénea. Desde una mirada bucólica sus habitantes mayores recuerdan a Medellín como: “Un poblado en el cual todos se conocían, o por lo menos podían trabar relaciones fácilmente, el Medellín donde la palabra comprometida tenía un mayor valor que la escrita, el de las relaciones diáfanas” (Concejo de Medellín, 1991: 23).

Además de todos los problemas de tipo

socioeconómico, responsables en gran medida de esta exclusión, en el proceso de migración del campo hacia la ciudad, un amplio sector de la población no logró insertarse en la cultura urbana, y paulatinamente fue perdiendo los valores que traía. Se fueron generando otros valores, que de alguna manera chocaban o iban en contravía con los valores tradicionales que operaban en la ciudad y que le daban cierta homogeneidad y cohesión social.

Todo este mundo de violencia y desterritorialización y la vigencia de unos nuevos valores, de una nueva forma de mirar la vida, de una nueva cultura, que queda como flotando entre la cultura urbana tradicional y la cultura campesina, contaminada con la subcultura que transmite la televisión, tenía necesariamente que producir cambios lingüísticos y generar un nuevo lenguaje, una manera distinta de expresar esta nueva realidad. Porque, como dice Halliday (1982: 203): “En una estructura social jerárquica, como la que es característica de nuestra cultura, los valores que se asignan a las variantes lingüísticas son valores sociales y la variación lingüística sirve como expresión simbólica de la estructura social”.

Para confirmar lo anterior, a continuación presentamos la transcripción textual de un escrito elaborado por un joven habitante de nuestra ciudad, en donde plasma su propia visión sobre el medio en el que habita.

Texto en parlache³

Vivo en un barrio popular de medallo; donde se ve desde la vieja más perra; hasta él man más

territorios

matón. El rancho en que vivo queda en una esquina, en donde sé parcha cuanto chirrete, visajoso, mal hablao y chandorrea; los cuales son mis parceros (Despues de describir, mas o menos mi habitad; les contare una anecdota que ocurrió en el barrio hace algunos días).

Una parcerita de nosotros que se llamaba Claudia, que esta muy encoñada con Nando (un medio chirrete, cari bonito, que es todo picado porque vive en una casa finca); pero Claudia estaba mas tragada de Fredy, uno de los mas parceritos de Nando. Ella estaba planeando hacer un cambiazco: despegarla con Nando y quedarse con Fredy; porque ella estaba achantada con el Nando porque este casi no le paraba bolas.

El jueves por la noche, fue el cucho de Fredy todo llevado en la torre, a hacerles escándalo en el rancho esto fue lo que Fredy me conto lo que paso: "No home; ese cucho marica llegó a la casa a hacer terremoto, isque por que yo me le estaba gastando la plata del pago. Cojió a darles totes a mi cucha y ala Socorro, isque tambien por culpa de ellas sé perdía la plata, yo me le arreche y lo coji a patadas en el culo, diciendole que cual era el problema con la cucha que el problema era con migo; cojió esa chucha una lata porque me hiba a puntear me amenazo diciéndome: Abrase culicagado de la casa, que lo pongo a perder el año, pisese y despéguela pues. Yo le dije: fresco cucho que yo me habro, yo busco cambuche en otro lado. Y le dije a la cucha que estaba afuera: lo voy a mandar a sacudir con los milicianos de aquí de esté morro; yo no sé cuál es la amañadera suya con ese pirobo, amarrado, chunchurria ojalá y lo vuelvan mierda. Y me toco pedirle cacao al Nando, para que no me siguieran ruñendo el culo en la cuadra."

Que pesar del mancito, ojalá yo le pudiera ayudar, pense esa tarde. En esas pasaba el Nando muy contento; y yo le pregunte:

¿Q'hubo que te pico home?

iAh! Estoy contento, vámonos de farra por la noche, valla póngase bien pinta y nos vemos en la casa, - me contesto Nando.

- A, listo nos vemos a las diez pues - dije - ¿y ya invitastes a la Claudia? - le pregunte.

- Ah, a la Claudia ... eee iAh!. ya voy y le pego el telefonaso a esa polla y que tales - contesto pero como si no se hubiera tomado la sopita.

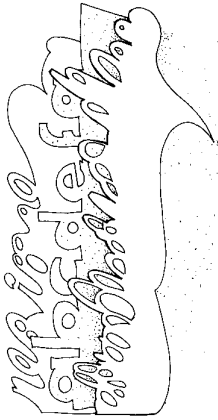
Pues el si llamó a la Claudia, por que cuando entre en el patio de la casa de Nando (el patio era un poco grande), la vi a ellá y a las demas del combo de grillas: la pacla; Juliana, que se peleó con el oscar porque no se lo aguanto más; y la Jhoana con Andres; y en un rincón al basúquero del Simpon tirandose un cagaito (ese degenerado no piensa sino en el sacol y la baretta).

iuh! y el milagro que no habían calentones, estabamos el parche de parceros y parceras y la farra la estabamos pasando a lo bien: escuchando los ilegales y tomando tragito.

Lo que me pareció muy raro es que no divise ni al Fredy ni al Nando; en el momento en el que me tomaba un toles de guaro, vi ala Claudia entrando a la casa, y al ratico volvió jalándole al moco, nosotros le preguntamos por que era la vaina ¿fue que se le vino el periodo mamita o que? -pregunto el simson-

- No nada me dio por chillar.. hablamos - dijo ella y se fue pa' la calle-

territorios



Al rato de ella haberse ido salieron Fredy y el Nando.

-¿ no vistes que le paso a esa china home? pregunte

-¿ no... nada parce eso es que esta muy tragiada - dijo Nando

Bueno para no alargales mucho el cuento; al rato salí (no me aguante las ganas de saber el chisme) a charlar con Claudia

- pelada dígame ¿qué le paso que me tenes preocupado? - le pregunte

- No... nada bueno... si... es que pille al Nando y al Fredy tirando trompa

- me contesto icon un miedo!

- ¡como!. No. Esos dos pirobos nos resultaron chirrety- caquirri home, y tan tirados de duros que sé creían home. Esto esta pa'tirar caja todo el año - dije yo.

- y lo que más rabia me da es que ese maricon, no se porque andaba conmigo, me tenia era de visaje -dijo alegando- si lo que le gustaba era que le dieran por el cagao -murmuro.

La pobre boba se queda sin el queso y sin el pan, pa'la próxima que escoja mejor los mocitos. El chisme de esos otros dos sé regó por todas partes. Nando y Fredy se tuvieron que ir del barrio, porque chirretes y cacorros no se mezclan. Ya me di cuenta porque echo el cucho a Fredy de la casa, fue porque el viejo se dio cuenta, no se como, de las mañas del hijo, y le echo la culpa a la cucha y a la Socorro (y que fue por plata que lo habian echado; a cacorro tan hablador home).

De esos nadie volvió a saber nada, ojalá estén bien los dos, ya que se tuvieron ese amor tan guardadito, que lo defiendan por alla en otro lado de medallo.

En síntesis, este texto se diferencia claramente del lenguaje estándar, está cifrado en un dialecto social distinto, tiene: "Una configuración de rasgos fonéticos, fonológicos, gramaticales y léxico-lógicos que está asociado a un grupo social definible de manera más o menos objetiva y que funciona como símbolo suyo" (Halliday, 1978: 207).

Aunque la historia que narra el joven puede ocurrir en cualquier sector social, el lenguaje y la manera de tratar el tema la cargan de un sentido propio: el de la marginalidad, de la exclusión. La introducción a la historia describe, en un solo párrafo, ese otro mundo, el que se expresa en el parlache.

Pero la exclusión y la marginalidad no son realidades que afecten de la misma manera a todos los habitantes de un mismo sector o de la misma clase social, esto se demuestra con la heterogeneidad lingüística, una característica del habla urbana, que diferencia y marca los sectores sociales, pero que también puede presentarse dentro de un mismo sector. Esto quiere decir que entre los hablantes de un grupo social se pueden presentar usos lingüísticos diferentes, determinados por la escolaridad, el lugar de procedencia, el ambiente familiar, la visión del mundo y las opciones de vida.

En todos los barrios populares de Medellín existen jóvenes, vinculados a organizacio-

nes comunitarias, empeñadas en sacar adelante a toda la sociedad, pero en forma especial a la juventud, con proyectos que se han ido consolidando en medio del fragor de la guerra. Han sido proyectos regados con sangre, pero contruidos con la tenacidad que sólo los jóvenes le ponen a todo lo que hacen, como el de La Esperanza, en el Barrio Castilla.

Estos esfuerzos demuestran que no podemos simplificar el análisis de los conflictos de la ciudad y decir que ser joven habitante de un barrio popular es sinónimo de violento y de hablar raro; son mucho más los constructores de esperanzas, de civilidad y de paz, en un ambiente donde deben estar haciéndole el quite, en forma permanente, a la muerte. Por eso, compartimos lo que dice Ricardo Aricapa (1997:12) y reproducimos en su totalidad la nota que publicó en el periódico de la Secretaría de Educación Municipal de Medellín, sobre este proyecto:

La muerte sola, no es muerte completa. La muerte completa es el olvido. Así que no hay muertos más muertos que los que se olvidan. Esto lo debíamos de saber mejor los habitantes de Medellín, que en los últimos veinte años nos ha tocado aprender en suerte, y al son de sálvese quien pueda, ese oficio atroz que es torear la muerte; además con el capote más rojo, más alegre, más vivo... más débil: nuestra juventud. Pero también, y con el otro lado del mismo capote, hemos aprendido el oficio del olvido.

Quienes sí no lo olvidan, porque tienen a su vista algo que en todo momento se los está recordando, son los visitantes habituales del Centro

Cultural y Comunitario La Esperanza, en el Barrio Castilla. Allí, en toda la entrada, pueden ver y leer una inscripción mural no mayor de un metro de ancho por otro de alto, en la que, con una inspiración digna de mejor causa, se resume de un plumazo el sentimiento de nuestra juventud ante su odiosa suerte; y lo que es tal vez más inquietante: pone a la muerte y al Estado donde deben estar: en el mismo nivel de responsabilidad.

La inscripción dice:

'No debemos olvidar que más de 45.000 jóvenes han tenido que morir para que se declarara la emergencia social en Medellín y el Estado se acordara de invertir en las comunidades lo que dejó de hacer por mucho tiempo.

Por eso decimos que nuestro Centro de barrio tiene sudor comunitario y sangre juvenil.

Después de leer cuidadosamente una muestra de textos, similares a *Historia en parlache*, escritos por jóvenes de los barrios populares de Medellín y de su Área Metropolitana, y de escuchar una serie de discursos orales producidos por muchachos de estos mismos sectores, puede percibirse en sus relatos, como entre líneas, una impronta de grupo y una manifestación explícita de su sentimiento de marginación. Entre los habitantes más jóvenes y sobre todo cuando han alcanzado ciertos niveles de estudio y tienen pocas o nulas posibilidades de empleo, la sensación de marginación es aún más fuerte.

Este caso particular expresa la situación de un gran número de bachilleres que se quedan sin oportunidades para continuar sus



territorios

estudios o trabajar. Así lo afirma un habitante de un barrio popular, cuyas palabras se transcriben en el libro *Somos historia: Comuna Nororiental* (Estrada y Gómez, 83):

El estudio dicen que es para salir adelante. Yo digo que eso es mentira, porque uno termina de estudiar va a pedir trabajo y no le dan, entonces uno queda grave; hay manes de sexto de bachillerato y nada que trabajan, eso del puesto es pura rosca, ¿uno qué gana con ser bachiller? ¿ah?, uno con mucho estudio le toca hasta barrer; manes de por aquí, con sexto y en el centro, izque itodo a cien, todo a cien!

El desempleo, la deserción escolar y la exclusión de la cultura urbana dominante arroja una gran cantidad de muchachos a las calles, y éstos, por su afinidad como jóvenes, vecinos, amigos de infancia o compañeros de estudio, empiezan a formar grupos, que en un principio solamente juegan fútbol y cartas, hacen bailes, paseos y sancochos, charlan y matan el tiempo, pero luego van evolucionando hacia la forma de galladas, combos y bandas.

Como grupo de iguales y a partir de todas sus vivencias van gestando unas formas de comunicación propias y acordes con su situación de marginados. Aparecen entonces los **parceros**, que establecen sus **parches** para desahantarse, pasar el tiempo o planear sus cruces. Muchos simplemente se la pasan **amuraos**.

Sin mucha precisión, pero de manera reveladora uno de los informantes del libro sobre la historia de la Comuna Nororiental dice sobre este proceso:

Fue una época en que pa' uno llegar a ser alguien y que lo respetaran tenía que ser de gallada, a nivel del barrio hemos tenido varias etapas, eran las galladas de cuchillo, de navaja, tenía uno que mantener un cuchillo en la pretina del pantalón, cuando eso no se usaba armas como las de ahora, sino cuchillo, navaja, machete o una macheta que llamábamos nosotros, eso eran las armas que nosotros manteníamos, nosotros comenzamos el empastrico, como la gallada de mayores fue muriendo, entonces nosotros íbamos surgiendo (Estrada y Gómez, 37).

Al revisar los textos que recopilamos para observar cómo el parlache evoluciona y si-gue sirviendo para contar y entender lo que pasa en Medellín, encontramos que uno de los tópicos comunes es precisamente el fenómeno de las bandas y su contraparte, las milicias. Estos dos fenómenos entraron a hacer parte de la cultura urbana de esta ciudad y sirvieron de referente esencial para el surgimiento y desarrollo del parlache. En el texto anterior Fredy amenaza a su padre con las milicias y en el siguiente texto, escrito por un estudiante de bachillerato, que se transcribe sin ninguna corrección, se ve el fenómeno de las bandas.

Cacique de caciques

Esta es la historia de un niño llamado Jefferson que creció en Manrique, un barrio popular de Medellín, ellos eran muy pobres, pasaban mucha hambre, a veces ni comían en todo el día, el cucho abandonó a Jefferson y el creció con su mamá y su hermanita que trabajaban haciendo los oficios en las casas de los burgueses, Jefferson

por estar en la calle con los parceros le jalaba a la droga, entonces, los pillos del barrio lo mandaban a hacer vueltas raras como robar y esas cosas, comenzó robando carteras, billeteras etc. A medida que crecía se iba haciendo más liso, hasta que robaba carros, motos, tiendas y puestos pequeños, comenzó a matar y a conseguir mucha money, y empezó a caciquiar tumbes y vueltas hasta que caciquió todo el parche y se volvió el pillo más respetado y al que más miedo le tenían porque tenía más de un muñeco encima y los goles eran cada día más grandes, porque ya no goleaba carros ni tiendas, sino que los goles eran de supermercados y bancos.

Danger el cacique del parche del otro barrio se estaba metiendo en Manrique y el Jeffersson no se dejaba caciquiar; entonces se calentó eso por allá, todos los días el traqueteo y en una de esas llegó la tomba y se llevó a Jeffersson para la cana. Allí el primer día lo iban a violar y se armó el primer bonche, cuando en esas pilló a unos parceros del parche y empezó a caciquiar; en una de esas se armó un bonche con el Papo, el cacique del patio quinto y en el bonche Jeffersson pegó al Papo y empezó a caciquiar; a entrar droga, armas, a cobrar porque sí y porque no, hasta para ir al baño había que pagarle al Jeffersson. Cuando le comentaron que Danger había intentado violar a Jenny (hermana de Jeffersson), entonces más se armó la bronca. Jeffersson sabía que tenía que volarse de ese hueco y claro buscó a unos parceros se abrieron de ahí.

Cuando llegó lo primero que hizo fue ir a saludar a la cucha y le cambió la nevera, los muebles, mejor dicho todo, hasta la casa la cambió que porque ahí estaban peligrando, se la llevó a ella y a Jenny para el Poblado.

Después se fue y chulió a Danger, trece pepazos le metió y a los del parche de Danger les dio culillo y mejor se unieron a Jeffersson, como a la semana se volaron de la cana unos parceros de Jeffersson y así cada semana se volaban unos cuantos, al cabo de cinco años se armó el combo más teso de Medellín y Jeffersson era el cacique de toda la parte Nororiental. Los Lecheros eran los caciques de la parte Noroccidental y le llevaban bronca a Jeffersson y éste se quería caciquiar a los Lecheros, montando una cacería ni la tenaz armándose un traqueteo como de tres horas con tombos y todo, cuando la vuelta se calmó resultó que se había matado todo el mundo, desde el lechero mayor hasta el viejo Jeffersson. Que con solo veintisiete años de edad había llegado a caciquiar toda una prisión, todo un barrio, toda una zona, pero por querer ser otro Pablo Escobar u otro Alcapone terminó muñeco y sin nada.

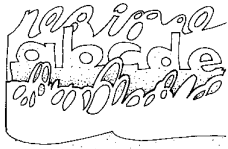
Como se demuestra en los dos textos, la vida de las calles y de los barrios se transformó no solamente en sus relaciones sociales y culturales sino también en la manera de codificarla; razón por la cual, el periodista Carlos Sánchez (1993: 8) afirma que el lenguaje que surge de la calle:

Es implacable nombrando. Es sensato, es insensato, es detective, es neutral, es panorámico, detallado y a veces de una precisión asombrosa, indiscutible como cuando en Medellín se introdujo 'mágico' para llamar al mafioso o cuando aceptó 'parce' del portugués parceiro para el amigo, es decir, para el par.

El lenguaje de la calle que hablan estos jóvenes, donde se manifiesta el sentido de iden-

revisión
abade

territorios



territorios

112

tividad y de exclusión al que están sometidos, es valorado en forma contradictoria por ellos mismos. La mayoría de los jóvenes encuestados considera el parlache como un lenguaje común y corriente, pero cambian su forma de expresión, es decir, utilizan otra variedad lingüística cuando se comunican con personas de una clase social más alta que la suya o con personas que tienen alguna autoridad frente a ellos.

A la pregunta: ¿Usted modifica su lenguaje cuando está hablando con personas que no son de su misma clase social?, la mayoría respondió afirmativamente, porque como dice uno de los encuestados: "Cuando se habla con ellos uno trata de que esa persona no se dé cuenta cómo es uno, dar otra impresión".

Los que no cambian su lenguaje cuando hablan con personas de otra clase social, lo hacen como reafirmación de su identidad con el grupo social. Otro de los encuestados, ante la misma pregunta, respondió que no cambia su lenguaje: "Porque yo creo que uno delante de todo el mundo es lo que es, si me aceptan así bien o si no qué se va a hacer. No tengo especialidad con nadie en mi forma de hablar".

Estos dos tipos de respuesta muestran que a pesar del sentido de identidad que se infiere en el uso del parlache, es más fuerte el sentido de exclusión que se manifiesta, algunas veces, con un sentimiento de inferioridad ante las personas de otras clases sociales. Muchos responden que cambian su lenguaje, porque les da pena o temor quedar mal, no ser entendidos o porque creen que si utilizan el parlache ante determinadas perso-

nas serán rechazados cuando busquen empleo, soliciten cupos en instituciones educativas o cuando simplemente deseen establecer relaciones sociales. ¿Hasta qué punto este sentimiento de inferioridad lingüística, como manifestación de su desarraigo sociocultural, puede ser uno de los detonantes de la violencia urbana?

Los hablantes urbanos se interactúan, generalmente, en diversos contextos y cada situación exige un registro determinado. Se ven en la necesidad de utilizar un lenguaje específico en sus relaciones familiares, afectivas, laborales, académicas y lúdicas. El joven de las comunas populares de Medellín tiene que generar un registro distinto cuando solicita empleo, rinde informes escolares o cuando está en el "parche", con sus amigos. Pero a pesar de que produce diferentes registros, la impronta de su dialecto social se manifiesta en el tono, en ciertos giros y determinadas palabras. Cuando la conversación no tiene unos marcos muy rígidos que exigen un registro formal y se torna espontánea, aparecen con mayor nitidez estos rasgos; porque: "La situación puede determinar el código que se seleccione, pero la estructura social determina el código que se domina" (Halliday, 1982: 40).

El grado de exclusión y de marginación se incrementa con el aumento de la delincuencia en Medellín y en Colombia, lo que aumentó el número de presidiarios, los cuales, por sus condiciones socioeconómicas y culturales, pertenecen, en un alto porcentaje, a los sectores populares; por tal razón, es con ellos con quienes los jóvenes establecen la mayor parte del intercambio lingüístico, y

este intercambio se realiza en un dialecto social: el parlache.

Este proceso lo confirma Víctor Gaviria (1994), cuando dice que:

Muchos jóvenes de las comunas populares presienten que algún día pasarán por la cárcel. Más tarde o más temprano llegarán a Bellavista, en un furgón de reseña, para cumplir el gran aprendizaje. "La finca", le dicen con una ironía risueña y dolorosa.

En el diario de Ramón Ángel Correa, escrito afuera y adentro de Bellavista, no hay muchas diferencias en las condiciones de vida descritas. Tanto en sus calles de barrio como en el patio segundo que lo recibió, él debía saber primero quiénes eran los "duros", los "caciques", para poder transitar sin peligro de muerte. En el primer día en el patio tuvo que repetir la misma pelea de honor que vivió en su calle de San Blas, rodeado de potveros y lotes de nadie, para demostrar que era "un varón" que primero se hacía matar que dejarse "culiar" y "monopolizar" por otro... después, en aquella calle de niño y luego en la cárcel, alguien se le acercó admirado para decirle que había demostrado que no era ningún "pirobo", que era un hombre en el que se podía confiar, y que desde aquel momento él y su grupo lo respaldarían.

En Bellavista el submundo de callejuelas y baldíos se había transformado en un territorio de muros y pasillos de cemento, más concentrado, más intenso, pero con sus mismas leyes de submundo y limbo: lugares afuera de la ley, en donde cada cual debe hacerse respetar en una lucha cuerpo a cuerpo, para no ser esclavo de otro, la categoría más baja de los hombres sin libertad... si se sale con vida, se entra a hacer

parte de un grupo que tiene poder sobre un territorio, sobre el cual se podrá transitar con libertad y llevar la vida normal de los cruces normales.

Esta cita demuestra que el parlache circula de la cárcel hacia los sectores populares y de éstos hacia la cárcel. Es necesario aclarar que el parlache es un dialecto social que fluye no sólo a nivel local, sino que recorre toda la geografía nacional y se enriquece con palabras provenientes de otros territorios, porque la criminalidad y la violencia en Colombia son protagonizadas, en gran parte, por grupos organizados que tienen nexos y actuaciones en toda la nación; y algunos de los integrantes de estas redes se movilizan por todo el país y con ellos circulan sus formas específicas de comunicación.

En el contexto carcelario y del delito se utiliza una serie de palabras y de expresiones que se incorporaron al parlache, como: **encanar, finca, cruce, cascar, amurar, culebra, enamorar, encaletar, lucas, liga, cacique, campanero, banderiar, carro, carroloco, canero, cobrar** y muchas otras relacionadas con la droga, con las armas y con la muerte. Para ilustrar la forma como el parlache ha incrementado su caudal léxico con el lenguaje carcelario y del delito, se transcriben a continuación algunos fragmentos tomados de los textos que recopilamos para este trabajo.

A esos pirobos el jueguito no les duró mucho porque a las semanas fueron a dar a la finca allí si los arreglaron por detrás y por delante, pero se alzaron unas amistades todas calentonas que hasta llegaron todos pillos, gatos y más viciosos

territorios

tenían cantidad de cruces con la gente del calvo que empijamaban a cualquiera por cualquier par de pesos.

Un día se les torció palito que era el que campañaba pero en un cruce se equivocó en avisar por dónde venía la patota que le costó la vida a tres del grupo (...) así que lo mandaron a arreglar con el mugre y el piojo.

Cuando el flaco estaba encanao en Bellavista esa man se la pasaba no más que pensando en la cuchá de él, pues a ese loco le hacía mucha falta.

Un día iban Juan y sus parceros a hacer un cruce, ellos querían hacer un golazo que les dejara bastante plata pero no cranearon bien el plan y los tombo les pillaron la jugada y les visajearon el hilo hasta llegar a la aguja, allí los cogieron, los maltrataron y los mandaron a encanar, a todos a Bellavista. En esa "tumba", como ellos la llaman, donde muchos terminan, otros empeoran y sólo pocos se regeneran.

Los fragmentos que acabamos de citar fueron escritos por estudiantes de último grado de bachillerato, que viven en barrios populares de Medellín. La mayoría de estos muchachos ha adquirido el léxico y los giros provenientes del lenguaje carcelario y del delito de manera indirecta, porque nunca han estado encarcelados ni vinculados a grupos delincuenciales; pero, posiblemente, algunos de sus amigos, vecinos y parientes, con quienes interactúan regularmente, han estado en la cárcel o se mueven en el mundo de los transgresores de la ley. Por otra parte, los usuarios de este lenguaje no se preocupan

por el origen de las palabras, simplemente las recogen del medio y las incorporan a su idiolecto. También, de alguna manera, estos jóvenes son víctimas de la exclusión y de la marginación por vivir en esos medios, y el parlache se convierte en su dialecto social. Muchos de ellos consideran el parlache como un lenguaje vulgar, pero se ven en la necesidad de utilizarlo cuando conversan con sus compañeros de colegio o de barrio, para no ser dicriminados.

Los jóvenes vinculados a determinadas actividades, especialmente a las delincuenciales, consideran la vida como algo sin sentido y pasajero, que se manifiesta en expresiones como *no nacimos para semilla, no futuro*, que significan esa conciencia de lo efímero, de la muerte cercana, y que los jóvenes no parecen interesados en modificar, como se puede constatar en los dos textos que se incluyen en este artículo. Esta conciencia se manifiesta en ese gran número de expresiones del parlache alusivas a la muerte: *está de remojo, perdió el año, le están haciendo el cajón, tiene la lápida en el pecho, le pusieron la pijama de madera, etc.*

Los aspectos que comentamos anteriormente responden a la situación sociocultural de Medellín en los últimos años, en donde se han formado dos bloques sociales que se hallan en contraposición y, a veces, en confrontación abierta. Lo que en términos de Halliday (1982: 213) sería una sociedad dominante y grupos alternos que constituyen lo que él denomina la antisociedad, que: "Es una sociedad que se establece dentro de otra como alternativa consciente a ella, es un modo de resistencia, que puede adoptar

la forma de simbiosis pasiva o de hostilidad activa e incluso de destrucción". El marginamiento y la exclusión exigen la elaboración de nuevas formas de comunicación, denominadas por Halliday antilenguajes, generados por las antisociedades. Entre antilenguaje y antisociedad se da una relación similar a la que se establece entre lenguaje y sociedad. El antilenguaje tiene las mismas bases gramaticales de la lengua que le da origen, pero distinto vocabulario, en ciertas áreas, que resultan esenciales para la subcultura que representa y que la separa de manera radical de la sociedad establecida.

Concretamente en Medellín, las subculturas del narcotráfico, consumo y distribución de drogas, el sicariato, las bandas, las milicias y demás actividades que se desarrollan al margen de la cultura dominante, dan origen a nuevas palabras y expresiones para referirse a tipos de actos delictivos, clases de delincuentes, de víctimas, armas, representantes de la ley, para el dinero, las instituciones carcelarias y otros aspectos relacionados con su ambiente y con sus vivencias.

Los antilenguajes se utilizan para representar formas de vida alternativa y sirven para cohesionar a los grupos excluidos; configuran dialectos sociales que se convierten en condición indispensable para pertenecer a un grupo determinado, que se mueve en un territorio delimitado, como un barrio, un sector o una calle; en donde el extraño se delata por el desconocimiento de los códigos del grupo que domina el territorio. Para ilustrar este aspecto, traemos a cuento la experiencia que narra el escritor nadaísta Gonzalo Arango (1991: 27), cuando estu-

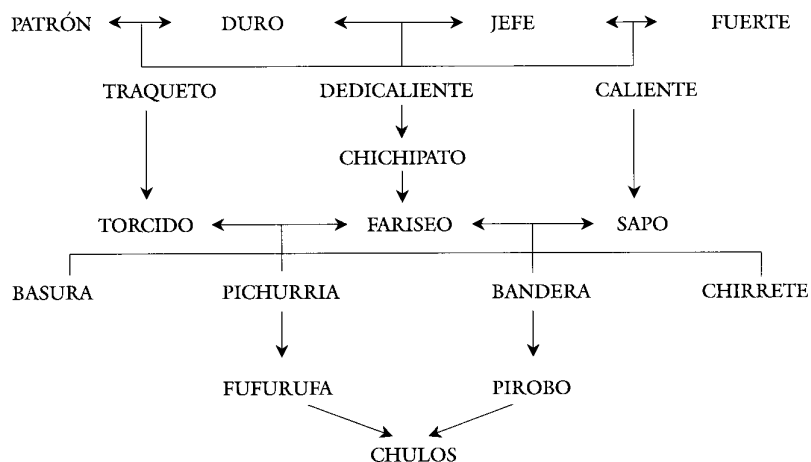
vo detenido en La Ladera, antigua cárcel de Medellín:

Fraternizaban entre sí llamándose "hermano", y parecían felices de estar reunidos en el hediondo y macabro agujero como si se tratara de una fiesta. A mí me despreciaban como a un espía, como a un seminarista, y cuando me dirigían la palabra, me decían "caballero". Yo trataba de ponerme a tono, de "vacilar" el ambiente con sus canalladas y su argot arrabalero, pero cuando pronunciaba la palabra "hermano" me sentía más traidor que Judas, y en vez de permitir mi ingreso a la "patota", me arrinconaban miserablemente y me despreciaban como a un caballero.

Cuando Gonzalo Arango quiso comprar marihuana en la cárcel y la solicitó al vendedor con el nombre que utilizaban los demás detenidos: *mariabonita*, ni le vendieron ni le respondieron nada, porque: "a sus ojos seguía siendo reo de sospechas, una especie de patán despreciable y hasta peligroso, pues si no era ladrón, ni asesino, ni asaltante, ni bandolero, mi presencia en el p 3 (patio 3) era misteriosa ya que no hablaba el sórdido lenguaje de los delincuentes comunes".

Tal y como lo expresa Gonzalo Arango, para una persona que pertenece a un grupo alternativo, el uso del antilenguaje no es problema de registro ni una opción, sino una condición indispensable para lograr la aceptación del grupo y moverse en ese mundo. Lo que le sucedió al escritor Gonzalo Arango en la cárcel nos muestra claramente que no basta con repetir las palabras y las expresiones argóticas propias del grupo alternativo,

territorios



sino que socioculturalmente hay que pertenecer a él; porque el antilenguaje de los grupos marginados, condenados a una segunda vida, es un elemento esencial para crear y mantener esa realidad alternativa. Los antilenguajes sirven también para expresar la jerarquía social de los grupos que viven una realidad alternativa o segunda vida.

El esquema anterior muestra un ejemplo de jerarquización, que se da entre grupos marginados y que se infiere de los textos que hemos recopilado.

Al observar la estructura, percibimos de manera precisa cómo cada escalón que se desciende indica una posición más débil en la estructura social alternativa. Comienza con los que dominan el medio y los negocios "raros", y termina con los que están próximos a morir. En cambio, SANO Y PICADO, términos de uso común en estos medios, serían los excluidos por los grupos marginales. Son los diferentes, los que se parecen a los habitantes de los otros sectores de la ciudad.

Conclusiones

Después de una aproximación al lenguaje marginal, podemos concluir que el parlache expresa la exclusión y la marginación a que son sometidos vastos sectores de la población de Medellín, la mayoría de los habitantes de los barrios populares, y que esta variedad lingüística no es más que la expresión simbólica de su realidad.

Los lenguajes marginales expresan la forma de organización social alternativa, que se va generando en las grandes urbes, cuando amplios sectores de la población quedan excluidos de la cultura dominante, y al no poder integrarse a la dinámica social establecida gestan lo que Halliday denomina antisociedades. Esto ocurrió en Medellín, y para nosotros es la explicación del surgimiento y difusión del parlache. Este lenguaje expresa el mundo de la otra ciudad, la que comenzamos a conocer después de *No nacimos pa' semilla* y de *Rodrigo D.*

Estos lenguajes, como el *parlache*, no se eliminan con campañas de buen hablar, se modifican cuando las causas de su origen se acaben o se modifiquen.

Bibliografía

- Arango, Gonzalo, 1991, *Memorias de un presidiario nadaísta*. Medellín, Seduca, p. 27.
- Aricapa, Ricardo, 1997, "Urbe". En: *El cambio de Clase. Medellín: Edúcame*, nº 22, noviembre, p. 12.
- Barbería, José Luis, 1999, "Los franceses se rebelan en *verlan*". En: *El País*. Madrid: 18 de abril, p. 8.
- Bonilla, Wilfer, 1993, Muchacho no salgas. Crisis y protagonismo juvenil". En: *Relecturas*. Medellín, marzo-julio, pp. 26-29.
- Concejo de Medellín, 1991, *El Medellín que yo quiero*. Medellín, Especial Editores, p. 23.
- Del Mazo de Unamuno, Mariano, 1999, "Las jergas juveniles del español actual".

En: *Textos*. Barcelona: *Grao*, nº 22, año VI, octubre, pp. 35-48.

- Estrada, William y Gómez, Adriana, *Somos historia Comuna Nororiental*. Medellín, S.P.P., p. 83.
- Feixa, Carles, 1998, *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Gaviria, Víctor, 1994, *Notas sobre el lenguaje y la cárcel*. Inédito.
- Grillo D.; Andrés, 1998, "Entre el Cielo y el Infierno". En: *El Espectador*. Santafé de Bogotá: agosto 2, p. 2D.
- Halliday, M.A.K, 1982, *El Lenguaje como semiótica social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reguillo Cruz, Rossana, 1995, *En la calle otra vez*. México: Iteso.
- Sánchez, Carlos, 1993, "Una mirada a la palabra desechable". En: *Magazín Dominical. El Espectador*, Bogotá, nº 544, 26 de septiembre, p. 8.
- Sebrelli, Juan, 1979, *Vida cotidiana y alienación*. Buenos Aires, Losada.

